

no olvide las orientaciones que en el capítulo segundo se expusieron: sembrar temprano; reducir la semilla, en proporción a la sequía; utilizar variedades tempranas y de buen alijamiento; sembrar a máquina y, sobre todo, binar, binar con fe y perseverancia, que en tener el suelo siempre mulrido y limpio, está la clave del éxito.

VIII

EL MÉTODO FAJEADO

¿Recuerdan ustedes haber oido hablar de un succulento guisado de ternera... sin ternera? Pues algo parecido es el método fajeado, con respecto a las líneas pareadas: un procedimiento de sembrar... disimulando todo lo posible que se carece de sembradora. No debe considerarse este método como definitivo. Se trata simplemente de una aproximación, de un tanteo fácil, para encariñar a los agricultores con otras prácticas diferentes a las consuetudinarias. Su descripción es colofón obligado en las divulgaciones del sistema Benaiges, ya que a este ilustre agrónomo se debe también, y porque, con más o menos ortodoxia, se viene siguiendo en algunos pueblos, verbigracia, Casasola de Arión, entre Valladolid y Zamora.

Debemos pretender que algunos agricultores remisos hagan con gusto esta especie de noviciado, para que, si les satisface, puedan entrar ya de

lleno y con conocimiento de causa en las famosas líneas pareadas.

Reseñemos, pues, a la ligera las operaciones que este método comprende.

PREPARACION DEL TERRENO

Consiste en dar las labores corrientes de barbechera con el arado común, gradeando después, o, en último caso, pasando el tablón de clavos, para dejar la superficie llana y desmenuzada.

A continuación, con el arado romano estrecho, y mejor con uno de hierro, provisto de orejeras largas (de unos 22 centímetros), se trazan surcos de 12 ó 14 de hondura, más espaciados que los corrientes, hasta el punto de distar 65 ó 70 centímetros de fondo a fondo, procurando que el suelo quede ondulado, es decir, sin mesetas entre surco y surco.

Se dan estas cifras como orientación a punto de partida. En cada caso particular habrá una distancia óptima, que debe buscar el labrador con simples tanteos. Se aconseja espaciar más en tierras ricas, pero secas, y menos en las pobres. La razón es que, si no llueve en forma, no se perderá la cosecha, y el tamaño de las espigas compensará en parte la falta de mies, y si llueve bien, habrá gran ahijamiento, y la cosecha será espléndida. En cambio, en las tierras pobres, tanto si hay abundancia, como si hay escasez de aguas pluviales, el ahijado es muy deficiente y no hay que poner en él nuestras esperanzas.

No es indiferente la orientación de los surcos. Se procurará que su dirección coincida con la de los vientos dominantes—especialmente se tomará en cuenta esta observación en las comarcas en donde reinen vientos primaverales fuertes y secos—, para que éstos se filtren por las calles de la siembra sin hacer daño. En caso de no haber dirección dominante de los vientos, se orientarán las líneas de N. a S., para que se soleen por igual.

Claro está que nos referimos a terrenos sensiblemente llanos y permeables, porque, si se tratase de laderas o suelos inclinados, debe supeditarse toda otra consideración a la necesidad de que los surcos no ofrezcan pendiente exagerada, para evitar las erosiones y arrastres por las lluvias.

ABONADO

El abono mineral se esparce a voleo sobre todo el campo, sin aumentar la cantidad acostumbrada y unos diez días antes de la siembra.

Una buena proporción en el cultivo corriente es la de 250 kilogramos, por hectárea, de superfosfato, para las tierras que tengan cal, y 350 kilogramos de escorias Thomas, en su lugar, para las que no estén dotadas de ella.

Si se siembran leguminosas—aunque a éstas, por desgracia, se las trata como de inferior categoría—, convendrá agregar cenizas o cloruro de potasa, y en muchas de nuestras tierras, yeso, que es de magnífico efecto.

En caso de estercolar, el abono orgánico se lleva a la tierra inmediatamente antes de repartirlo, y se le tapa con la labor de asúcar.

El labrador que no acostumbra a agregar abono orgánico, ni mineral, puede también seguir este método, sin hacer uso de ellos.

Como se ve, en esta materia de abonado no se exigen modificaciones de importancia. Sin embargo, como el laboreo posterior es más intenso, pondrá a disposición de las plantas mayor cantidad de principios nutritivos; por lo tanto, abonar lo mismo que otras veces es, en esta ocasión, equivalente a forzar la dosis, con mejora del resultado económico.

SIEMBRA

La semilla se esparce, a voleo también, sobre todo el campo, pero reduciendo la cantidad habitual.

No pueden darse cifras inalterables. Como siempre, cada labrador debe—poniendo en juego elementales dotes de observación—calcular los kilogramos que necesita cada una de sus tierras.

Dependiendo de la clase del suelo, del clima, de la variedad, de la fecha de siembra, etc., sólo como punto de partida puede tomarse la indicación de valerse de la misma cantidad que en aquel lugar se suele sembrar a máquina o la del voleo corriente, reducida en una cuarta parte. En definitiva, de 90 a 100 kilogramos por hectárea.

Una vez esparcido el grano, se procede a la

CUBRÍCION DE LA SEMILLA

Para ello hay varios procedimientos. El más sencillo (y en muchos casos el mejor) es pasar un tablón dotado de púas, *pero no al cruzado, sino en la misma dirección de los surcos o un poco al*



Después de efectuar la siembra en el método fajeado, se desmoronan con el tablón las crestas de los cerros.

sesgo. Este tablón, así pasado, desmorona las crestas, y las tierras desprendidas, no sólo arrastran la semilla a los fondos, sino que la recubren ligeramente, sin llegar a colmar los vados, pues el terreno, después de la labor, ha de quedar ondulado, lo cual es fácil de conseguir alargando o acortando el tiro y cargando, si es preciso, el ta-

blón, según consistencia o tempero de la tierra, etcétera.

Con una rastra de cuatro metros y medio, provista de dos o tres filas de púas, de 7 a 8 centímetros y a 10 de distancia, se cubren 7 hectáreas en un día.

También puede ejecutarse la operación con grada de dientes inclinados hacia atrás, que se maneja del propio modo que el tablón. Si el suelo estuviese apelmazado, bien por haber transcurrido mucho tiempo desde que se preparó, o por haberse formado costra después de una lluvia, puede ser conveniente dar dos pasadas, una en dirección de los surcos y otra en diagonal.

En algunos casos se emplea la grada corriente, del revés, con los dientes hacia arriba.

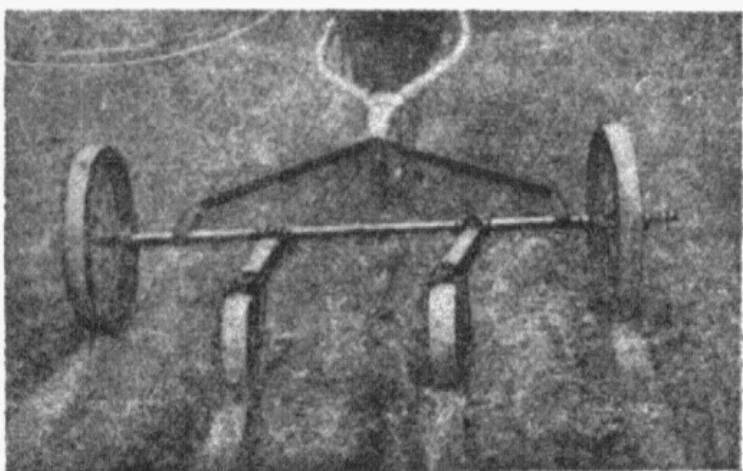
Nadie mejor que el labrador, tan buen conocedor de las tierras que cultiva, para ultimar los detalles de la operación, sin perder de vista su objeto, que es enterrar con 3 ó 4 centímetros la semilla de los fondos, *sin acabar de llenar el surco*, para que los lomos resguarden las plantitas de los vientos fríos.

RODILLADO

Si no llueve inmediatamente después de sembrar, conviene rodillar, sin pérdida de tiempo, el fondo de los surcos, para buscar un mayor contacto de la tierra y la semilla y para construir (valga la frase) una especie de red capilar que

abastezca de humedad la simiente para que germine.

La operación puede verificarse con el de Benages, denominado "compresor polisurco", instrumento tan sencillo que puede ser preparado, como él mismo aconseja, por un herrero. Consta de una barra llevando en sus extremos dos ruedas, destinadas a marchar por el fondo de los surcos



El compresor polisurco, que se utiliza en el método fajeado sin sembradora.

1.^º y 4.^º, unida por pletinas al horcate de la caballería. Entre ellas se disponen dos rodillos pequeños, para comprimir el 2.^º y 3.^º, montados en brazos móviles a lo largo de la barra, y con triple articulación, para salvar las desigualdades del terreno. Puede hacer al día de 4 a 8 hectáreas.

Si se tratase de un ensayo muy en pequeño,

debe bastar el paso de una carretilla cargada, llevando, naturalmente, la rueda por los puntos bajos.

Es ocioso advertir que, si la tierra está muy húmeda, nada de esto es necesario, y aun pudiera ser contraproducente, sobre todo si es arcillosa.

Notemos que, aun sin sembradora, hemos conseguido algunas ventajas parecidas a las que ésta procura: ahorro de simiente, siembra alineada y a profundidad semejante, sin ser excesiva. Además, se sitúa a las raíces en la zona de más humedad, lo cual es importante en este clima.

EPOCA DE SIEMBRA

Se sembrará lo antes posible "dentro de la mejor costumbre local". Si pudiera ser, en la primera quincena de octubre. La siembra temprana favorece el ahijamiento y se defiende mejor de las heladas y de las malas hierbas.

PRIMER APORCADO

Se dará cuando la planta tenga cuatro o cinco hojas (unos 12 centímetros de altura); por lo general, será preciso para ello esperar a que pasen las grandes heladas.

La misma rastra, descrita anteriormente, vale para el caso, y *pasada a lo largo de los surcos*, recalzará las plantas beneficiosamente con unos centímetros de tierra, sin peligro de taparlas.

Los efectos conseguidos son semejantes a los

que proporciona la labor de aricar dada con el arado, con dos ventajas sobre ésta: 1.^a Su coste menor, puesto que es mucho más económera, y 2.^a Que las plantas no se debilitan por excesivo enterramiento.

Tengamos en cuenta siempre que, si esta labor se hace cuando la vegetación está suspendida en el sueño invernal, las plantas, excesivamente recubiertas, podrían perderse, mientras que si la vida de la planta está en plena actividad, la parte aérea se abrirá paso entre la tierra excesiva, e interiormente, brotarán nuevas raíces, que es una de las finalidades perseguidas.

SEGUNDO APORCADO

Cuando el primero haya surtido su efecto, generalmente tres o cuatro semanas después, y siempre antes de fin de marzo, se pasa de nuevo el tablón, pero *en dirección atravesada, con respecto a la de los surcos*, que, al concluir, quedarán completamente colmados; es decir, el vegetal, aporulado de nuevo, y la superficie, llana.

ABONADO DE PRIMAVERA

No es absolutamente indispensable, y aun muchas veces, cuando se bina bien, totalmente innecesario. Para dar uniformidad a los sembrados, se recomienda la adición de 50 ó 100 kilogramos de nitrato, en una o dos veces, separadas por quince o veinte días, a las siembras que amarillean,

a las que están poco amacolladas, a los peores rodales de las desiguales y a las tardías.

En cambio, el aspecto frondoso y el color verde intenso, tirando a azulado, son indicios ciertos de que el suelo no necesita más nitrógeno.

Cuando hayan de emplearse los nitratos, se es-



Con la primavera avanzada, se prepara la binadora de este modo para aporcar las plantas y destruir las malas hierbas.

parcen en las primeras horas de la mañana o en las últimas de la tarde, para aprovechar el rocío; pero es preferible con tiempo del que llaman los campesinos "amoroso", o a continuación de una lluvia, siempre que las hojas no estén mojadas.

BINAS

Desde que el cereal encaña, el único laboreo que cabe es el que procura la binadora, cultivando las tiras de barbecho que quedan entre las fajas.

Normalmente se deberían dar tres labores, espaciadas de veinticinco a treinta días, hasta después de la floración; pero si llueve tras de alguna vuelta, habrá que repetirla, para romper la costra y ahorrar agua.

Es regla general que las binas irán siendo cada vez más superficiales y los útiles de la labor se irán separando más de las plantas, a medida que se aproxima la recolección, según norma del sistema.

CONCLUSIÓN

La acertada aplicación del sistema Benaiges o de líneas pareadas, constituye uno de los medios más eficaces para lograr la intensificación de las



Típico aspecto de un campo sembrado en líneas pareadas en tiempo seco y rodillado a continuación para facilitar la nascencia.

producciones de nuestro suelo, que es una de las directrices del actual Gobierno, según demuestra la Ley de 5 de noviembre. Si la lectura de este modesto resumen tuviera la fortuna de lograr más prosélitos para el sistema, y con ellos contribuir al progreso agrícola nacional, sería la mayor satisfacción que podría caber al modesto recopilador de estas ideas fundamentales.

